

Noé Jitrik

La Nopalera

RELATOS



PHOTOGRAPH BY

AM
Ediciones
Al Margen

NOÉ JITRIK

Nació en Rivera en 1928, es crítico literario y autor de ensayos, cuentos y novelas.

En Ediciones al Margen ha publicado:

Atardeceres (2006), *El ojo de la aguja* (2007), *El Libro perdido* (2008), *Los Lentos Tranvías* (2012), *Mediodía* (2012), *Casa Rosada* (2013) y *El río de las terneras atadas* (2013).

PRELUDIO

En principio, puesto que mi propósito es referirme a lo que fue el trozo de mi vida mexicana, no debería describir en detalle lo que pasó en la Argentina en el período que tiene en la muerte de Perón, el 1º de julio de 1974, un momento de indudable significación, pero no creo que me sea posible: la carga de episodios que se sucedieron en lo que va de 1970, cuando volvimos de Europa, a esa fecha, y los meses previos a la partida, en setiembre de 1974, veda toda posibilidad de síntesis, aunque, eso sí lo lograré, no seré detallista ni obsesivo y sin duda muchos nombres que en ese período eran frecuentes desaparecerán en el relato que sigue.

Lo que no impide comenzar por un cuadro muy general, un tapiz que podría ser tranquilamente medieval si no fuera por la nerviosa índole de las figuras tejidas: innumerables conflictos sociales, economía tambaleante, aparición en escena de personajes salidos de la nada, el golpe en Chile y las dramáticas muertes de Allende y Neruda, por decir poco, el lenguaje todavía triunfalista, o delirante, de los grupos guerrilleros, atentados, secuestros, comunicados, confusión, alejamientos y, como para salpimentar el conjunto, muertes cercanas, mi hermana primero, mi madre después, Milton Roberts luego de un largo y doloroso proceso, crisis editorial, tentaciones; en fin, un panorama difícil de categorizar.

Luego de aquella célebre muerte, llorada por masas de personas que acompañaron el desfile fúnebre por Callao –lo vimos desde los balcones de la casa de Enrique Kozicki– hacia la Recoleta o no sé qué depósito de héroes nacionales, acongojadas por lo que sentirían, una especie de inconsolable orfandad, en algunos casos resultado de asombrosas transformaciones mentales, desde izquierdas cerradas a peronismos vociferantes, como si hubieran comprendido lo que poca gente comprendía pero muchos aceptaban, llegó la no tan breve era –dos años penosos en los que la mediocridad se aliaba al crimen para hacernos la vida difícil y peligrosa– de la viuda, la producida, solemne cual deidad egipcia, Isabel Martínez de corta historia, instalada en la Casa

Rosada por el viejo líder, y de su escolta y titiritero, un sujeto a quien Roa Bastos, que en esos momentos publicaba *Yo, el supremo*, habría designado como el “infel fiel de fechos”, el mal recordado López Rega.

Tal vez una semana había transcurrido del luctuoso episodio cuando esos dos pasaron a la acción y arremetieron, la pareja o sólo el peligroso delincuente acunado por delirios metapsíquicos, al mismo tiempo contra varios enemigos y con diversas armas pero sobre todo contra los “ideólogos de la subversión”, expresión que se impuso muy pronto en esa época semánticamente turbulenta y turbia, mediante la “Triple A”, creada por López Rega, es difícil que sin el conocimiento y la aquiescencia de Perón, y que despachó hacia las dantescas regiones en las que la subversión ya no desempeñaba ningún papel a dos buenas decenas de cabezas pensantes, desde Silvio Frondizi hasta Rodolfo Ortega Peña, pasando por un viejo amigo de Tununa, Alfredo Curutchet. Nosotros, fieles a nuestros sentimientos y a nuestras decisiones –a nuestro regreso de Francia habíamos formado parte del “Foro de Buenos Aires por los Derechos Humanos”, en el que también estaban Héctor Sandler, Haydée Birgin, Alejandro Teitelbaum, León Ferrari, Hugo Rapoport y otros, que había registrado las violaciones a tan importante principio durante la dictadura que depuso sus pretensiones en mayo de 1973, acompañamos los restos mortales de varios de ellos a su descanso eterno, no con la compunción de los que corrían detrás de la cureña que se llevaba a Perón, sino con el sentimiento de que la perspectiva era más bien siniestra, para el país y para cada uno de nosotros, expuestos a las maquinaciones enfermizas del conocido “Brujo”. Eso debe habernos valido ser registrados por eficientes cámaras fotográficas –es curioso cómo las cámaras son eficientes cuando se trata de represión y mucho menos cuando se trata de novedades de la ciencia, por ejemplo–, con las consecuencias previsibles para nuestro destino. Al mismo tiempo, y como una suerte de bajo continuo del terror, atentados contra, al menos, un exrector de la Universidad, Raúl Laguzzi, con muerte de uno de sus niños, exfuncionarios de primera línea del camporismo asilados en embajadas, secuestros de empresarios, reproducción de la guerrilla cubana en Tucumán e infinidad de epi-

sodios que aconsejaban prudencia y aun eclipses, hasta cuidados en llamadas telefónicas y destrucción u ocultamiento de bibliotecas y, por fin, un comienzo de emigración que constituyó una sangría para el país. La vida, así como había sido en la década precedente, alegre y desenfadada, creativa y ocurrente, se oscureció, las conversaciones tenían todas el perfume de la disgregación. Había que recordar lo que había escrito Verlaine, “La esperanza huyó hacia el negro cielo”.

Con ser ese porvenir probable, tanto o más grave, porque afectaba a la cultura del país y a un extenso grupo de personas, incluido lo personal, era el ataque a la Universidad; si bien la idea que de ella se concibió cuando Héctor Cámpora fue elegido presidente no era un modelo de rigor ni intentaba, más bien al contrario, recuperar lo que había sido antes de que el golpe de 1966 la hubiera demolido, al menos tenía cierto dinamismo, no estaban obstruidas las posibilidades de hacerse preguntas y de exhibir los grandes enigmas de la literatura; es cierto que se debía atravesar la muralla de las consignas y simplificaciones que el guerrillerismo de la época imponía y en el que, dolorosamente, mi antiguo amigo, casi mi hermano, Francisco (Paco) Urondo estaba desempeñando un papel, pero de todos modos no puedo decir que yo no haya podido hacer lo que había pensado como adecuado para trabajar con la literatura latinoamericana. Así, pues, un anciano reaccionario, cuyos méritos poéticos habían consistido en concebir otrora, cuando el sol creaba un halo en torno a la cabeza de Eva Perón, las vehementes estrofas de “Los muchachos peronistas”, el Dr. Oscar Ivanissevich, fue extraído de las sombras y nombrado rector o interventor o algo semejante; a los pocos días de aquella ilustre muerte, ordenó el cierre de todas las puertas y puso en marcha su proyecto universitario que consistió en colocar en las facultades a notorios cavernícolas –en filosofía a un cura o excusa llamado Sánchez Abelenda–, en echarnos a muchos de los que habíamos ingresado el año anterior y en establecer un control policial para entrar en los vetustos salones de lo que había sido el “Alma Mater” de varias generaciones.